

# Editorial

## MONUMENTO A LA HONRADEZ

En la edición del 21 de febrero de DIARIO DE COSTA RICA, publicamos una carta firmada por el señor Luis Vargas Castro, quien sugería a este articulista que aceptara su iniciativa para que se promueva la erección de un monumento que honre la memoria de don Otilio Ulate Blanco.

El señor Vargas, entre otras cosas, afirmó:

-“Don Otilio Ulate fundó el DIARIO DE COSTA RICA, fue un brillante periodista, un leal soldado de la democracia costarricense y un Presidente de la República que administró la hacienda nacional con toda honradez”.

-“Sus esfuerzos por Costa Rica, patria que siempre deseó libre hasta sus últimos días de vida, respetando los derechos de nuestros antepasados que nos legaron un país libre, fueron la constante batalla de este varón que debe ser honrado con un monumento a su memoria”-

En la edición del mismo 21 de febrero, contestamos a don Luis Vargas manifestándole nuestra adhesión a su idea. Y hoy queremos hacer algunas elucubraciones sobre el tema.

Otilio Ulate está dentro de la línea de los estadistas que salieron pobres del gobierno. En el pasado, se dieron ejemplos similares. Don Juan Mora Fernández, nuestro primer Jefe de Estado, terminó sus días en la mayor pobreza. Don Cleto González dejó el poder para salir a luchar por la vida en su bufete de prestigioso abogado. No le llegaban tantos asuntos como él hubiera querido, porque según narran quienes dan cuenta de aquella época, había la creencia de que el precio de sus servicios tenía que ser consecuente con su estatura de jurista y de escritor brillante. Don Braulio Carrillo atendía los asuntos de gobierno en mangas de camisa, en una pieza contigua a la cual trabajaba su mujer, en una modesta tiendita que había abierto al público. El

General Volio, que tantos y tan singulares servicios prestó a su patria y a Nicaragua, pasó sus últimos días en la mayor miseria material, pero con su corazón palpitante de amor por la república y de lealtad para su pueblo.

Hoy, cuando el gran luchador cívico que fue el señor Luis Vargas Castro, nos recuerda desde un centro de ancianos que hay que exaltar la honradez impoluta de don Otilio Ulate, nos damos cuenta de que dice una verdad bíblica que se acrecienta frente a los fenómenos de nuestro tiempo, cuando sobran los políticos actuantes y los aspirantes a serlo, que parten de la repugnante premisa de que lo primero debe ser el enriquecimiento —incluso a cualquier costo— para después ver si se puede hacer carrera completa en ese campo de la actividad pública.

Ulate, como todos los políticos de antes y de hoy, puede haber cometido errores como humano que fue. Mas lo que nadie le discute, ni siquiera sus peores enemigos, si es que aún le quedan, es que administró el país y la hacienda nacional con un criterio de pureza y de corrección.

No podía ser menos en quien como él, admiró a Jesús porque como lo escribió, había nacido en un pesebre humilde y se había dedicado al servicio de los pobres, tarea en la cual pereció. No podía ser de otra forma en quien como Ulate, admiró a Lincoln, el leñador, agrimensor y cartero rural, que llegó a la presidencia siendo de tan humilde origen. Y no podía ser distinto en Ulate, que tuvo por Pizarro el mayor respeto porque sus fuentes familiares se perdían en un oscuro origen de porquerizo, lo que sin embargo no le sería óbice para transformarse en el gran conquistador del Perú.

En Ulate se dio otra circunstancia admirable. Siendo gobernante se empobreció, aunque ascendió al poder repleto de dinero, cuando sus empresas de periódico y agrícolas figuraban en primera línea dentro del quehacer

costarricense.

Desprendido, generoso, honrado y con la dignidad aristocrática del humilde que tiene otra condición por su linaje humano e intelectual, don Otilio Ulate nunca pensó en atesorar dinero, en ser perro de presa frente a los pobres, en cebarse en los ricos ni en engañar a los prójimos, así estos prójimos fueran sus conciudadanos que lo habían elevado hasta el puesto más honorífico y destacado de la vida nacional.

Cuando se abra la mortual del ex Presidente Ulate, se verá cómo manejó sus asuntos. Y cómo padeció las persecuciones materiales más increíbles, porque había decidido desde siempre que servirle a la patria no era servirse de ella para encontrar en el erario la satisfacción a sus necesidades apremiantes o la base de operaciones para obtener los réditos detrás de los cuales deambulan sonambúlicos los que miserables se postran de hinojos ante el becerro de oro.

Este monumento a la honradez, que sería el monumento a don Otilio Ulate, constituiría un ejemplo para las presentes generaciones, en las cuales los apetitos desalados se estimulan a menudo con la conducta de los mayores, avariciosos y egoístas muchas veces que no tienen más norte que la pasión de lo material y el apego a los bienes, entre los cuales no ubican a la patria ni a sus instituciones.

Este monumento a la honradez cumpliría un propósito singularísimo por estos tiempos, cuando marchan de capa caída la dignidad, el decoro, el autorrespeto y la suficiencia moral, que se hacen a un lado en aras de las satisfacciones urgentes a la frivolidad, al atesoramiento vil, al cálculo rastrero y a la mansedumbre con los poderosos de donde algunos creen que han de venir todos los dones y todas las dignidades, aunque se pierda la dignidad propia y el mejor don del ciudadano que ha de ser siempre su patria.